

ARTES

LA BIENAL DE ARTE IBEROAMERICANO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Margarita Roel

Se estuvo exhibiendo en la Biblioteca Nacional una serie de obras plásticas a razón de haber sido considerada como local de importancia para la I Bienal Iberoamericana de Arte, para lo cual se están utilizando tres pisos de este recinto; el primer piso, el sótano y el segundo piso. El edificio, diseñado por Emilio Harth-Terré, se muestra indicado para tal evento tanto por las dimensiones como por el diseño, ya que fue diseñado como un palacio, además de los colores suaves del mármol, y el tono crema de las paredes a su vez, debido a sus grandes espacios, se prestan a una serie de modificaciones para aprovechar lo máximo posible el edificio, sin dañar la estructura original.

Lo primero que vemos al entrar al edificio son una serie de esculturas del colombiano Hugo Zapata. Mucha gente no llega a comprender estas obras pues rompen con el concepto tradicional de lo que es una escultura, es decir, la imitación de las formas de un ser viviente representado en piedra, metal, etc. Aquí no sucede eso sino que son un grupo de planchas de madera en forma cuadrada, que contienen materiales directamente tomados de la tierra como piedras, carbón, etc., iluminados en su interior por tubos de luces rojas que imitan el fuego. Sucede que el artista considera que todo lo que se encuentra en la naturaleza es arte ya que todo lo se haya en ella tiene vida, animados por el fuego rojizo que subyace bajo este, es decir, el Espíritu Divino. Es una visión panteísta del mundo debido a que estima que todo yace animado por un Alma Universal que hace que todo tenga movimiento. Por lo tanto, él no puede tratar de superar la obra de la naturaleza, que es la obra de arte máxima sino que la recrea con respeto y admiración a la obra divina.

Fénix 42: 47-53, Lima, 2000.

Continuando con el recorrido vemos una escalera que nos dirige al sótano de la Biblioteca; y allí descubrimos una obra que, pese a que nadie puede explicarla, deja impactados tanto a conocedores como a neófitos. Es la obra del artista de Aruba Elvis López, uno de los artistas más sofisticados que expone en esta Institución. Su obra es sencilla pero, a su vez, muy llamativa: una serie de cuatro televisores que forman un cuadrado, donde se muestra un video en el que se ve al artista que canta una canción popular –en Papiamento, lengua oficial de su país–, que habla sobre una mariposa rosada que paseaba por su jardín, mientras que, al mismo tiempo, cada vez que se entona una estrofa, van iluminándose grupos de mariposas de neón que yacen al centro del espacio delimitado por los televisores. Al final, la gente acaba tarareando la melodía, pues es muy agradable, mientras recorre el espacio. A la vez que se entona la canción popular, se está evocando algo hermoso pero que no existe: algo iluso que ha sido creado por la mente, resaltada esa sensación por el predominio del color rosado que nos invita al mundo ideal de la fantasía, de lo pasado, de la infancia y de nuestros ancestros, pero que solo es un sueño, una fantasía de neón. Nos habla además de lo ilusorias que son las imágenes tecnológicas, objetos que nunca van a existir ni existirán jamás, pero que nos atraen y encantan como una mariposa rosada. Esta obra es una crítica a las sociedades modernas, cuyas imágenes entran por la retina y se repiten infinitamente en nuestra mente al igual que en una pantalla de televisión, creándonos una realidad bella pero artificial, falaz, fría, deshumanizada.

Alrededor de esta obra se hallan las pinturas de la artista panameña Isabel de Obaldía, cuya obra si bien toma muchos de los elementos de una pintura tradicional, la temática la trasciende y sirve de reflexión sobre la existencia humana. Son un ciclo de pinturas que tratan del ser humano en las grandes urbes, personas desesperadas y angustiadas que se encuentran perdidas en espacios ajenos a ellos, que creen no poder modificar y que buscan una salida a sus expectativas, sus frustraciones, temores y confusiones. Son seres que muchas veces viven enjauladas en sus propios problemas y que no pueden –o no quieren– romper esos barrotes, por lo que terminan aislándose de los otros hombres y separándose de una realidad que existe más allá de ellos. Aquí también se presentan los diversos modos de asumir el problema: algunas personas no lo asumen y se dedican a destruir a las almas puras como la del

Principito porque ellos no son capaces de descubrir en ellos mismos esa cualidad y, en consecuencia, sienten celos de que otros la posean; otros hombres viven devorando a otros seres porque sin ellos no podrían vivir, como en la metáfora del oso hormiguero, ya que nunca han querido ser libres y procuran estar atados a alguien, sea con la dependencia o con la destrucción. Por último, existen personas que buscan una solución a sus problemas asumiendo alguna ideología –en este caso religiosa– con la cual construyen sus vidas de acuerdo a sus preceptos. La autora no ve a este grupo con malos ojos sino más bien como el grupo humano más valioso y constructivo ya que ellos son los que le dan forma humana y el sentido espiritual a la religión, que es vital en ella, su razón de ser, y más aún si se basan en una religión cuyo principal mensaje es el del amor. Por lo tanto, sus vidas están dirigidas hacia ese fin. Aquí tenemos que recordar que la artista proviene de un país con una mayoría católica, por lo que no solo está acostumbrada a todo lo relacionado con esta religión sino que incluso la acepta. Si fuera de otra religión la hubiera defendido de la misma manera

Saliendo del espacio, subimos al segundo piso y nos encontramos con una confrontación entre el arte académico y el experimental, entre las obras de arte de la colección que posee la Biblioteca Nacional, de estilo academicista, y la de los artistas jóvenes, quienes deciden romper con las ataduras tradicionales y se arriesgan a experimentar sin temor. Aquello no es, sin embargo, algo negativo que impida la comprensión de cada una de estas obras sino que nos permite ver, en forma conjunta aunque incompleta, algo del desarrollo de las artes en la Historia del Perú, desde el siglo XIX hasta el siglo XX, y más aún en vísperas de finalizar el siglo XX y de empezar una nueva era. Eso ayuda a reflexionar sobre el devenir de las artes en el Perú y, asimismo, del desarrollo espiritual de la nación, sobre cómo han ido manifestándose las artes y hacia dónde se dirigen.

La primera obra que vemos es una escultura que representa a Galileo, obra netamente academicista y que nos presenta al sabio renacentista en forma idealizada, tranquilo y concentrado en ideas incomprensibles para la mayoría de mortales. Luego vemos una serie de grandes cuadros del pintor cusqueño Francisco González Gamarra, artista correspondiente a las primeras

décadas del siglo XX y cuyas obras relatan escenas de la historia nacional, con pinceladas suaves y con predominio del dibujo, dentro de una temática muy narrativa.

A continuación nos hallamos con otra escultura, esta vez representando a Dante Alighieri, en estilo también academicista, mostrándonos a un ser que medita sobre el valor de la vida y los sufrimientos en la vida terrenal. En eso, surgen los trabajos de José Luis Arbulú con sus cuadros abstractos que aparentemente no representan nada pero que en realidad nos están refiriendo acerca del mundo metafísico, el cual en esencia no se compone sino de ideas opuestas entre sí, que resultan ser en el fondo complementario, resaltándose esta polaridad tanto con el color como con ciertos elementos como son frases, líneas horizontales, etc. Estos cuadros preludian la obra de Eduardo Tokeshi con su muestra «Vida y milagros del hombre invisible», que aparecen junto con el trabajo de Arbulú para romper armonía y tranquilidad que producían las obras anteriores y criticar ese estilo y, asimismo, la condición humana en las grandes ciudades, poniendo en tela de juicio los valores comúnmente considerados como únicos en una sociedad hipócrita y conservadora, y uno de estos valores es el de las apariencias. Toda la puesta habla sobre este problema, el que se ha convertido en una respuesta omnipresente en la vida citadina, rigiendo todas las actividades con el afán de producir la ilusión de realidad y por lo cual no duda en utilizar todos los medios para producir este efecto, aunque tenga que destruir la esencia del hombre. Para hablar sobre las apariencias utiliza la metáfora del traje como el medio de ocultar la forma corporal real pero, además, como medio para disfrazar y dar la ilusión de algo que no existe ni existirá jamás pero que es un convencionalismo aceptado por la sociedad. Entonces, nos presenta dentro de una serie de indumentarias los diversos convencionalismos que estamos sometidos a usar en las ciudades; el traje del hombre devoto (un saco compuesto por ex votos), el patriota (el saco compuesto de escarapelas), etc., y la única huella en la tierra de este ser despersonalizado es el traje que todos los hombres usan y sus obras son los zapatos usados que yacen amontonados y que, en conjunto, forman una masa compacta que forman los colores de la bandera nacional. La sexualidad queda reducida en pelos y señales que se encuentran encerradas en una cajita de cristal y la parte sensible, amable y generosa se plasma en esa mano relajada

que está clavada en la eternidad. El único modo que tiene ese hombre de salir de aquel mundo es con aquel paracaídas que se halla colgado en el techo de la sala. Con ese objeto puede «aterrizar suavemente» en otros mundos, con lo que no hace otra cosa que escapar de aquello pero no tratar de cambiarlo. No por algo la muestra de Tokeshi tiene ese título ya que nos refiere, sin lugar a dudas, a ese hombre anónimo que vive de manera anodina en las ciudades.

Alejándonos de la obra de Tokeshi, hallamos una diversidad de propuestas artísticas que, aunque son diferentes en los materiales y en estilos, giran sobre un mismo tema; el hombre en las ciudades, al que ven algunos de modo pesimista y otros de manera opuesta. Esto se nota en la obra del pintor José Coronado, quien trata en sus cuadros aspectos que muchas veces no nos damos cuenta que existen en la vida y que resultan en sí mismos un milagro, un sueño. Utiliza la técnica al óleo más las visiones que plasma son tratadas como imágenes bajo la lluvia, imágenes acuosas, debido a que la pintura al óleo está tratada como pintura de acuarela, por lo que obtiene la imagen de un sueño en el que reina la tranquilidad y la paz. Cuando representa grandes masas humanas son vistas dentro de ambientes de fiesta, alegría compartida o si es dentro de una procesión, como espiritualidad y recogimiento. En oposición a lo dicho y siguiendo el recorrido, vemos que delante de una escritura representando a Rafael –en estilo académico y mostrándonos a un personaje de carácter tranquilo pero decidido– se encuentra la obra de la pareja Arias y Aragón, la que presenta una casa compuesta en su forma exterior de plumas y armada en su interior con los objetos de la más diversa procedencia, sean objetos en desuso hallados en los basurales como los provenientes de nuestros recuerdos, con los cuales se constituyen las paredes así como el «mobiliario», como se ve con la silla de dentista y ese resto de televisor en que se proyecta la imagen de una persona del sexo femenino, desnuda, que yace encerrada en un cuarto semidestruido y que vive observándose su cuerpo o viendo por una rendija un mundo exterior al que nunca puede tener acceso y que, al parecer, le es ajeno. Todos los objetos están pintados de dorado, con lo que nos dice que todos ellos son valiosos para el dueño de la casa, y la única señal de vida se observa en la pecera con peces. Muchos críticos lo han interpretado como la representación de las viviendas de pueblos jóvenes, hechos de deshechos, pero también puede

interpretarse como la casa de todas las personas que viven en las ciudades ya que sus vidas se construyen sobre la base de lo que llamamos «cachivaches», objetos que se dejaron de usar hace mucho tiempo pero que conservamos por el recuerdo que nos produce; es decir, que vivimos del recuerdo y que el único medio que nos conecta con la realidad es el televisor que nos mantiene dentro del mismo ambiente, enclaustrados en nosotros mismos. Es el mundo de las grandes urbes, de seres encerrados en sus casas, aislados de la realidad, viviendo solo para mantenerse dentro de ese ambiente seguro pero frágil, en la jaula de los que temen vivir en libertad.

Seguidamente, vemos la obra de Dora López, pintora de imágenes surrealistas que nos recuerdan la obra del chileno Roberto Matta, con seres sin forma definida y rodeados de colores disueltos en mundos que no poseen tiempo ni espacio, como si fueran sueños de colores. Después nos tropezamos con los cuadros de Sandro Guerrero, artista abstracto con pinturas de colores fríos y líneas verticales que evocan, mismo tiempo dinamismo, rigidez y agresividad. En medio de la Sala se observa la obra de Alina Canziani que nos vuelve a hablar acerca del mundo de las apariencias pero con una visión algo diferente que la de Tokeshi, debido que para la artista la apariencia es solo decoración exterior, y como tal resulta ser agradable a la vista pero sin contenido; es pura corteza sin pulpa. Por ello desarrolla la idea bajo la forma de una columna de colores púrpura donde se reproducen en serie unas máscaras, las que también yacen sostenidas en varas de alambre que rodean la escultura, dándonos así la idea de lo frágil que resulta ser la apariencia. A un costado de la Sala se hallan las obras de Rhony Alhalel, el pintor de las sensaciones que trata en sus cuadros de desprenderse de todo elemento terrenal para, por medio de colores puros y uso mínimo de figuras, llegar a una unión con el Universo y encontrarse en el remanzo de las aguas de la eternidad, reproduciendo para ello la bipolaridad de la que está constituido el mundo; blanco-negro, bueno-malo, hombre-mujer, en un equilibrio perfecto. Finalizando la muestra, nos acercamos a la obra del guatemalteco Luis Carlos, artista que retoma la tradición escultórica para representar al ser humano, al que sintetiza con el fin de hablarnos de su naturaleza, es decir el ser lenguaje del Universo, en el que las formas estilizadas del hombre recuerdan la escritura de ciertos pueblos primitivos cuyo lenguaje se halla vinculado a ritos mágicos

de unión con las fuerzas de la Naturaleza. Asimismo, es el lenguaje del Universo debido a que es un signo físico que representa de manera esquemática las leyes que rigen la Naturaleza, cuyas partes se encuentran en perfecta armonía con el todo.

Se ha criticado duramente la Bienal de Arte pero no se debe ser tan exigente el se tiene en cuenta que esta es la primera vez que se realiza en nuestro país un evento de tal naturaleza.

Además, el único modo en que se pueden ver reunidos a tantos artistas de gran calidad, tanto nacionales como extranjeros, en una exposición al alcance de todo tipo de público y en forma gratuita. Es por ello que, desde aquí, felicitamos a la Municipalidad de Lima por haber organizado esta muestra de tal magnitud, fuera de los epicentros culturales a que se nos ha acostumbrado, como son Miraflores y Barranco, y en un lugar que siempre había sido tenido a menos como era el Cercado de Lima.